

Fernando Campaña

Arrugas, y un mantel

Una vieja cocina. Una vieja mesa con mantel de hule. Una pareja de viejos, ella y él.

Ella está sentada, las manos juntas sobre la mesa. Pequeña, apichonada, inmóvil. Mira sin ver el mantel. De cuándo en cuándo pasa un dedo por la superficie. Su mente va y viene entre una blanda ausencia y una desarticulada mezcla de recuerdos infantiles y de juventud. Hoy no le duele el vientre, pero no se da cuenta.

Él vigila una vieja pava sobre el fuego. Delgadísimo, cargado de hombros. Estar parado no le es fácil, pero apoyarse sobre la rodilla buena lo ayuda. El primer paso se va a complicar, pero la mesa está ahí nomás. No entiende cómo es que se olvida de la maldita rodilla y arranca a caminar como si nada. Pero con la pava es otra cosa. Hay que estar atento.

No se miran. Demora. Hoy hay poco gas.

Él decide que la pava ya está. Apaga el fuego. Esa perilla no anda bien. Cuesta. Nada anda bien. Agarra la pava con un viejo repasador y gira para llevarla a la mesa y la puta madre, el dolor y la rodilla que se le dobla sola. Se estabiliza sin gemir. La mira, no vaya a ser que se preocupe; suficiente tiene, pobre. Ella no lo ha notado. Menos mal.

Arranca hacia la mesa lentamente, con la renguera justa. La pava parece enorme. Y está pesada.

Da dos pasos y se detiene. Gira para mirar la hornalla, preocupado. El gas es traicionero. Cerrada, sí; la marquita para abajo. A medio camino y con ese peso se siente inestable, se quiere apurar, pero la rodilla todavía duele. Imposible olvidarse cuando duele. Retoma con cuidado su camino.

Llega y la mira, pensando en lo que se enojaría si de puro bruto apoya la pava caliente sobre el mantel. El hule se arruga y después no hay manera. No apoya la pava. Esboza una sonrisa casi triste. Le gustaba verla enojada. Él tan bruto y ella en todos los detalles. Menea la cabeza, como retándose solo. Mirá que hay que ser...

Vuelve sobre sus pasos, pava en mano.

Ella piensa que sí o sí a las cuatro hay que ir a buscar a ese chico. A los chicos no hay que hacerlos esperar. ¿O era a las cinco? Levanta la vista buscando el reloj grande de la pared, pero está sin anteojos. Se lleva las manos al pecho, buscándolos. Se acomoda el saquito de lana. Es feo tener la boca seca.

Él vuelve a dejar la pava sobre la hornalla.

Se agacha con dificultad, y saca de debajo de la mesada una vieja tabla de madera. Descubre que otra vez se le escapó el pis. Un chorrillo, sin darse cuenta. Nunca se da cuenta. Una mancha medio grande en el pantalón alcahuete este. Debe tener olor, ella siempre tuvo buen olfato. Qué vergüenza, viejo choto.

Vuelve a cruzar hasta la mesa, llevando la tabla. La apoya frente a su silla, cerca de la de ella. Le busca la mirada, medio de costado y sin acercarse, por el pis. Quiere ver la

aprobación en sus ojos porque no quemó el mantel, pero ella está entretenida con algo en su manga.

Vuelve a la mesada despacio. Entre paso y paso sacude apenas la pierna, como para secar la maldita mancha. Mira la hornalla apagada. ¿Era para abajo? La marquita está medio borrada, pero parece que está para abajo. Oler, no se huele. Ni gas, ni pis.

Agarra la vieja pava con el viejo repasador, ahora con las dos manos. Camina hasta la mesa. La rodilla va mejor. Apoya la pava sobre la madera. Se sienta escondiendo la pierna manchada bajo la mesa.

Un intenso olor a cebolla inunda todo. Él frunce la nariz. Se inclina y huele la tabla. La mira a ella como diciéndole que tiene razón, que de puro chambón trajo la tabla que no era. Mira la mesada. La vuelve a mirar, a ella, con gesto avergonzado. Ella sonríe con una sonrisa tan mínima que nadie más que él en el mundo podría detectar. Él le acaricia el hombro minúsculo y huesudo.

Ella pasa las manos por el borde de la mesa, dos, tres veces, como alisando una arruga invisible en el mantel. ¿Qué le pasa a esta mesa? Y en seguida el mar, que se ve desde un lugar donde algo se cocina, con una radio de fondo. Habría que bajar esa radio, que se despierta la criatura. ¿Quién habló? Luego queda inmóvil.

Él se palmea la pierna, con simpático fastidio. Se para de nuevo y camina hasta la mesada haciendo morisquetas. Agarra un viejo mate. Se detiene un instante, revisando el panorama para no hacer más viajes, muy concentrado. Le cuesta estar parado, y se le va a terminar enfriando el agua. Gira y vuelve a la mesa. La mancha está casi seca. Apoya el mate junto a la tabla. Se sienta.

Él ceba un mate con esfuerzo. Chorra un poco. Agarra el repasador. La mira a ella, que ya debería estar diciéndole que menos mal que pusimos mantel de hule, porque con vos cebando... Ella parece mirarlo, o a algo detrás de él, en una casa con muebles enormes. Y una heladera, la de ellos.

*Él seca con esmero el mate y el mantel.
Deja el mate frente a ella.*

Ella lo mira con ternura, súbitamente presente. Levanta una mano vacilante para acomodarle un mechón que hace mucho que él no tiene. Él le sonríe.

*Ella toma el mate lentamente, sin levantarlo de la mesa.
Él la mira, intensamente feliz.*

FIN

Fernando Campaña
Abril de 2015